

prometido por mi padre... yo lo renuncié, despues... lo desprecié... y hoy, sabiendo que Fernando es mi esposo, ha provocado un desafío, y lo ha herido... Pero ademas ha prometido vengarse en los inocentes niños... Cuidadlos mucho, mi buena señora, mientras yo vuelo á socorrer á mi esposo...

En este momento se oyeron en el jardín unos gritos que lanzaban los niños. Abrió la puerta la aya, y se precipitaron en sus brazos los inocentes, gritando:

—Unos hombres... por la tapia... se brincaron... y nos querian coger...

Poco á poco se fueron serenando, y con las caricias de su tierna madre, olvidaron el susto. El travieso Julio, volviendo á su humor acostumbrado, decia:

—¡Ay señora! corrí tanto, tanto, que hasta la tos me cogió... como á Doña Rita... ¡qué tos! ¡qué tos!

A poco rato, haciéndose un violento esfuerzo, y con sacrificio verdaderamente maternal, en medio de un llanto amargo y doloroso, se separó aquella madre de sus tiernos hijos.

### III.

Diez días habian pasado de este suceso. La buena anciana Doña Rita estaba en un

apuesto haciendo su labor de costura, cuando de repente se quitó los anteojos, y lanzando un suspiro, dijo:

—¡Quién lo habia de creer? ¡Infames, con Dios lo verán!

Pasó un rato, y luego continuó:—¿Cómo tendré fuerzas para dar esta noticia? No, mejor será una carta.

Repentinamente la puerta se abrió, y presentóse la madre de los niños vestida de luto. Al ver á Doña Rita, se soltó llorando... y haciendo un esfuerzo dijo:

—Ya sabeis, señora, mi mal; estoy viuda.

—¡Dios mio!

—Solo quedan mis hijos...

—Conformaos, señorita... pero...

—¿Qué sucede con ellos?

—No tengo fuerzas para decíroslo.

—Decídmelo por Dios, gritó la madre.

—Oid, señora...

—Pronto... pronto... hablad.

—Hace cuatro días... bajaron al jardín... y... allí...

—¡Oh! decidlo pronto.

—Al cabo de dos horas bajé á buscarlos, y... ¡gran Dios!...

—¿Y qué sucedió?...

—¡Estaban ahorcados!.....

Difícil seria referir lo que pasó en el corazón de la desdichada jóven en aquel instante: hay impresiones que solo son para sentir-

se, y únicamente á una madre le es dado comprender la pérdida de los inocentes frutos de su amor.

Rosalía, que tal era el nombre de la esposa de Fernando, cayó en el acto desmayada.

## IV.

Algunos dias habian pasado despues de aquella triste escena. Rosalía, que quedó viviendo con la aya de los niños en la misma casa del jardin, lloraba continuamente sin consuelo, y sus sufrimientos y su inquietud eran mas crueles, porque no habia vuelto á tener noticia de Fernando.

En una noche oscura y tempestuosa se hallaba la infeliz en su habitacion, entregada á los mas tristes recuerdos, y decuando en cuando se llenaba de pavor al oír el furibundo estallido de los rayos, cuya luz, al entrar por la ventana, corria con rapidez por la pieza en forma de una culebra de fuego. Repentinamente oye el ruido de un carruage, que se detiene á la puerta de la casa: acude presurosa para ver quién llega en aquella hora, y apenas se dirige hácia fuera, cuando se presenta ante su vista en un corredor, Fernando acompañado de los dos niños.

En vano seria pretender pintar aquel súbito encuentro, el mútuo llanto y los continuos abrazos de aquellos esposos y aquellos hijos inocentes, en el instante de hallarse unidos despues de haber perdido la esperanza de volverse á ver alguna vez. A poco se dirigieron todos al aposento de Rosalía.

Doña Rita estuvo tambien en la escena, y aunque se mostró sorprendida y muy contenta, se advertia, sin embargo, en ella una estraña inquietud y cierto aire de desconfianza, que apenas podia disimular.

## V.

Es bien sabido que los desengaños en asuntos de amor suelen herir el amor propio de algunas personas, de tal manera, que las impelen á tomar de su ofensa una horrible venganza.

Tal sucedió al amante desdeñado por Rosalía, el que no satisfecho con haberse batiado con Fernando, se propuso tambien vengarse de aquella. Al efecto hizo robar á los niños del jardin, y sedujo á Doña Rita para que hiciese creer á la madre que habian sido ahorcados; mas al ser conducidos por sus raptos al poder de \*\*\* los encontró en un camino Fernando, el que sano ya de sus heridas, y temeroso de algun desastre en su

familia, iba en busca de ella con inquietud. A fuerza de oro y de promesas logró que los bandidos le entregasen á sus hijos, y partió con ellos en busca de Rosalía.

A la mañana siguiente de aquella borrascosa noche en que llegaron, Julio y Adela corrían gozosos como ántes, buscando mariposas en el jardín.

R. DE LA S.



UNA NIÑA

A SU HERMANA.

**S**i torpe mi lengua  
No puede decir  
Cuanto el alma siente  
¡Oh hermana! por tí;  
Ya que solo puedo  
Mirarte y sentir  
Amor en mi pecho,  
Violento, sin fin,  
Cuando en tu alabanza  
Quiero prorumpir,  
Hablen las acciones,  
Ya que no hay en mí  
Palabras que puedan  
Mi afán esprimir,  
Y en un beso amante,  
Y en ciento, y en mil,  
Te vaya una parte  
De mi frenesí.  
¿Y cómo no quieres  
Que te adore así,  
Si de tu alma es copia  
Tu lindo perfil?  
Tu cándida frente  
Da envidia al marfil;  
Tus lábios los forman  
Coral ó rubí;